

en condiciones parecidas a las de Raurich.

Católico. No sé si mucho o poco practicante, pero efectivamente católico, que vivió siempre dentro de las normas de la moral cristiana y ello se traducía en todos sus actos. Buen esposo y no menos mejor padre y en los últimos años de la vida de su esposa, Julia, se acreditó en ambos sentidos, sabiendo soportar con gran espíritu la enfermedad de ésta.

Con todo y para terminar podemos decir que fue un hombre honrado, perseverante, trabajador y noble, y, en definitiva podemos decir que fue un hombre bueno.

Estoy seguro y así se lo deseo, que Dios le estará concediendo el privilegio de ver desde el lugar donde se encuentre, que su obra realizada durante muchos años, es obra que fructifica para bien del hombre, de sus semejantes, de la Universidad y de la Farmacia.

#### IV

### EL DOCTOR JOAQUIN SALARICH TORRENTS

Dr. B. RODRIGUEZ ARIAS  
(Académico Numerario)

Tratar de la vida y obra en un medio y en un sentido académico de Joaquín Salarich y Torrents representa en mi caso una gran prerrogativa y a la par un tristísimo deber. Porque Joaquín siempre fue en familia una persona grata como hijo de un entrañable amigo de mi padre y condiscípulo además de mi hermano Eduardo y mío también en algunos cursos de la carrera de Medicina.

Nacidos ambos en 1895 nuestros ciclos vitales, nuestras trayectorias

científicas y profesionales se han simultaneado al máximo. Ser condiscípulos y amigos así, a cualquier respecto supone una envidiable fraternidad.

Y en la Academia, desde hace más de veinte años la amistad quizá se ha reforzado o consolidado de veras. Por eso el realce que me depara la Junta Directiva implica un reconocimiento a la labor metódica que realizo y el encargo de un servicio más, de los indeclinables hoy.

De otra parte si perfilé antes la

biografía de Lorenzo García Tornel, de Pedro Martínez García y de Luis Trías de Bes, no ha de extrañar a nadie que diserte en estos instantes de Joaquín, tan amigo de ellos como mío:

La jubilación administrativa, tan necesaria como lesiva a veces, nos alcanzó a muchos de los miembros de esta Academia poco menos que coctáneamente. Es posible que tal coyuntura haya influido en nuestras tareas de tipo y en la comunidad ideológica puesta de manifiesto en los acuerdos tomados.

Justificada mi intervención en esta sesión «in memoriam» quisiera llegar a ser omnicomprendiva en mis recuerdos, consideraciones y guiones anecdóticos y estimativos.

\* \* \*

Juzgo, pues, obvio en sucesivos apartados referirme a estas facetas:

- I. El médico práctico, especializado en cirugía general.
- II. El médico de hospitales.
- III. El político sanitario.
- IV. El fundador de «Ars Médica».
- V. El que plasmó la «Sociedad catalana de Cirugía».
- VI. Presidente en una etapa difícil de Mutual Médica de Cataluña y Baleares.
- VII. Sus publicaciones científicas.

VIII. Académico normativo de la Real de Medicina.

IX. Bibliotecario preceptivo en la Academia y en su misma casa.

I. EL MÉDICO PRÁCTICO,  
ESPECIALIZADO EN CIRUGÍA GENERAL

Alumno y colaborador luego del profesor Ramón Torres Casanovas y asimismo del profesor Antonio Morales Lorrens, cirujanos generales de dilatados y minuciosos conceptos patológicos, aprendió en las cátedras universitarias el diagnóstico razonado y la técnica quirúrgica que más tarde le hizo triunfar en la praxis de rigor.

Salarich ha operado varios miles de pacientes con una seguridad y un acierto extraordinarios. He sido testigo más de una vez del agradecimiento que le patentizaban sus enfermos.

El juego no excusable de las indicaciones y contraindicaciones de un acto quirúrgico lo entendía bien y jamás, por ende, operó a los pacientes por ambición de incrementar las estadísticas o por la vanidad de presumir de «manos hábiles».

Práctico de gran renombre en la clientela privada y en diversos ambientes hospitalarios, su figura de cirujano general «vera efigies» era calificada sin distinciones por colegas y el gran público. Bien es verdad que la época áurea de la medicina

privada y la terrible guerra civil padecida coadyugaron firmemente al éxito profesional que simbolizaba sus tareas ininterrumpidas en los quirófanos.

Hoy la trayectoria, dadas las ingentes supra o subespecialidades quirúrgicas en danza, objetables o menos objetables, su labor en la calle (todavía llegó a operar en salas improvisadas a domicilio), o en los nosocomios hubiera diferido.

No obstante la cirugía abdominal resultó preferente.

En esta situación acaso haya sido uno de los últimos cirujanos generales o de familia, equivalentes a los internistas auténticos, médicos de cabecera o de familia y consultores dentro y fuera de los gabinetes particulares.

## II. EL MÉDICO DE HOSPITALES

Su actividad hospitalaria tocó límites que calificaría de insospechados. En efecto, trabajaba indistintamente en los famosos y todavía no extinguidos sanatorios privados y en las clínicas públicas de la urbe.

El Hospital Clínico de la Facultad de Medicina, los hospitales comarciales de la provincia (más especialmente el de Vic, su cuna nunca olvidada y siempre ensalzada, donde reposan sus restos), el Hospital Municipal de Nuestra Sra. del Mar (en el que montó y regentó un pabellón quirúrgico y algún hospital militar

sobre todo el del Generalísimo en Barcelona), han sido testigos de su ojo clínico y de su pericia.

En el mundo de lo laboral desarrolló también un movimiento clínico-social francamente reputable.

Durante la guerra asimilado al cargo de médico militar, ejerció la profesión en unidades de campaña y en hospitales, principalmente los de Pamplona y Cestona (Guipúzcoa). Terminada la guerra no cejó de colaborar en la misión propia, a título de cirujano, de los establecimientos sanitarios militares.

Su nombradía entre los castrenses y sus deudos fue de las más brillantes y apreciables.

Después de todo Salarich, se condujo ininterrumpidamente a lo humano, a lo sacerdotal y a lo asistente de un galeno que amaba al prójimo como a sí mismo. Ferviente católico, sin los gestos del fariseo o del aprovechado, cumplía con su deber y no aspiraba a señalar honorarios desorbitados.

Filántropo y nada avaricioso constantemente se mantuvo en el terreno peculiar de un «señor» por antonomasia.

La égida en el Hospital de Nuestra Sra del Mar, resultó importantísima, pues se convirtió en un auxiliar idóneo y excepcional para solventar las necesidades quirúrgicas de los que padecían infecciones graves, así usuales cual epidémicas o exóticas.

Ultimamente, desde la Diputación

Provincial de Barcelona, ha estimulado el desenvolvimiento óptimo de los numerosos hospitales comarcales en marcha, a efectos de la praxis, de la docencia y de la investigación aplicadas, en ambientes modestos bien que no superfluos.

### III. EL POLÍTICO SANITARIO

Desde los tiempos de García Tornel, allá por la década de los veinte hasta casi su muerte, su diligencia genuina de hombre útil y en movimiento se plasmó en la fundación o colaboración aprontada a los hospitales comarcales, los de Igualada, Vilafranca del Penedès y de Vic, pongamos como ejemplo.

En el de Vic, naturalmente, lógicamente añadiría yo, operaba enfermos de su querida comarca de Osona, cuna de la distinguida familia de próceres a que pertenecía, organizaba cursillos de ampliación de estudios y fomentaba las investigaciones de geografía médica local.

Hubo de interrumpir ese desiderátum de eficacia sanitaria y docente al estallar la guerra del 18 de Julio.

Pero en el aludido hospital de Nuestra Sra. del Mar contribuyó años después a promover un afán de expansión universitaria. Con Trías de Bes, Soler Doff, Sánchez Lucas y otros, trajo a las aulas personalidades de valía universal de Mooser, Nauck, Fleming, Marañón, Jiménez Díaz, etc.

La epidemia de tifus exantemático y la endemia de fiebre tifoidea, así como los problemas sanitarios que suscitaba el albergue de emigrantes de los frentes de guerra europeos, le obligaron a defender una intensa asistencia sanitaria.

No en vano le fue otorgada por el Gobierno la Gran Cruz de la Orden Civil de Sanidad.

Ya jubilado, el funcionamiento regular de los hospitales comarcales, antes mencionados encarnó un nuevo quehacer.

### IV. EL FUNDADOR DE «ARS MÉDICA»

Lanzada a la publicidad, con éxito, «Revista Médica de Barcelona» por un grupo de condiscípulos o semi-condiscípulos suyos que no sumaron a la redacción otro cónclave integrado por Salarich, Trías de Bes, Battestini Galup, Vicente Carulla, etcétera, sintieron la necesidad de editar una revista similar bautizada con el nombre «Ars Médica». Si «Revista Médica de Barcelona» triunfó plenamente en la era más difícil y oportuna de la problemática sanitaria, docente y científica de nuestra ciudad, en la conflictiva y ambiciosa etapa pre-bélica, «Ars Médica» no anduvo a la zaga de los propósitos que abrigaba, tan laudables como los del émulo, por lo que en justa lid de fondo democrático sin democracia política convivieron amistosamente ambas revistas hasta el pun-

to de intercambiar Memorias de todos en las páginas respectivas. «Revista» y «Ars» aunaron sus esfuerzos y lograron demostrar a la masa colegial que rivalizar honestamente permite cosechar frutos mutuos.

La guerra, sin embargo, diseminó implacable e involuntariamente a los adalides de una confrontación de pareceres, plácida, redituable, ignominiosa, en lugares distantes del suelo patrio, que ojalá supieren imitar discurriendo el 1978 los usuarios de una libertad renacida. Sin soberbia y sin petulancia o validad, como se quiera adjtivarla esa postura de amigos íntimos ideológica o políticamente adversarios en teoría debiera en nuestro juicio ser imitada.

Y al proclamarlo en esta coyuntura, palabra que no me gusta más, la encuentro obvia, creo rendir un homenaje legítimo a Salarich, a los redactores de «Ars» y asimismo a los de «Revista» que no militaron ni militan en iguales partidos políticos.

¡Ah de los políticos cuando les inspira una amistad sincera y un civismo imponderable, al margen de resabios, de egoísmos y de conceptuarse figurones!

#### V. EL QUE PLASMÓ LA «SOCIEDAD CATALANA DE CIRUGÍA»

Con un empuje de índole cultural sorprendente, peculiar del enemigo de un inmovilismo o del dotado de un gran espíritu cívico, nuestro bio-

grafiado creó hace más de cincuenta años la entonces llamada «Sociedad Catalana de Cirugía», entidad que andando el tiempo es la esplendorosa o radiante «Associació Catalana de Cirurgia», de los momentos que vivimos.

Esta Asociación celebra su fiesta anual el día de San Lucas en los salones de nuestra Academia, vistiéndose los colegas y sus acompañantes de etiqueta para hacer llegar a manos de los galardonados, nacionales y extranjeros, los Premios Virgili, Gimbernat y Cardenal, codiciados por doquier.

Salarich, desde luego, ha obtenido uno de los nacionales, aparte de reconocérsele el acierto y la valentía de idear y dar nacimiento a una de las asociaciones de más prestigio en Cataluña.

La Asociación quiere revivir, en la senda de las entidades no oficiales del Estado, el valor histórico del Real Colegio de Cirugía de Carlos III.

No son lo mismo, legalmente, aunque la gloria de un pasado y el empuje admirable de hogaño, una profesional y culturalmente a los cirujanos, que desean honrar a los suyos preeminentes en el seno de la Real Academia de Medicina de Barcelona, de la que forman parte varios de los cirujanos libremente asociados.

Pensamiento o concepto ardorosamente hecho público por Salarich, ni iconoclasta ni pragmático, sino únicamente idealista y respetuoso con todos.

Hombría de bien, ecuanimidad tan característica de la vida de un patriota catalán y español.

#### VI. PRESIDENTE EN UNA ETAPA DIFÍCIL DE MUTUAL MÉDICA DE CATALUÑA Y BALEARES

Pluridimensional en sus deseos más sustantivos de interpretar lo que el médico por autonomasia tiene que cumplir, ya sea la praxis, el enseñar, el observar hechos científicos o el moverse adecuadamente en cuestiones sanitarias y culturales, Salarich —humano por excelencia— no quiso rehuir una misión de fidedigno compañerismo y de socializante en una obra de atención económica mutua.

La previsión, tanto en vida como «post mortem», de los discípulos de Hipócrates, es decir, asegurar un sustento libre y digno en casos de enfermedad o de invalidez y legar a los herederos una cantidad, producto del ahorro voluntario normativo, ha sido popular y casi obligada en Cataluña.

Hace doscientos años nuestra Real Academia de Medicina auxiliaba dinerariamente a los colegas dolientes de un proceder mutualista. Bien es verdad que el mutualismo es empeño tradicional y de consuno vigente, necesario, pues, en los estamentos todos de que formamos parte.

Costumbre, ansia, preocupación, deber, etc., en estos lares catalanes, agrícolas, industriales, profesiona-

les, mercantiles, de familia, de grupos políticos y culturales, etc., que caracterizan sobremanera a los habitantes de este principado, orgullo intrínseca o extrínsecamente de los pueblos del Estado Español.

Allá por 1921, varias entusiastas de la causa mutualista reavivada por lo que significó el desastre de la guerra europea del 14, formaron la Mutual Médica de Cataluña y Baleares que sigue enorgulleciéndonos «in crescendo» hoy. La modestia financiera de los comienzos y de épocas menos difíciles que los de estos instantes de apocalíptico progreso tecnológico y de luchas políticas más apocalípticas, si cabe, que el progreso se han traducido en una potencia económica importantísima.

La angustiada y catastrófica guerra civil sufrida, el entrar en juego como semi-opponente Previsión Sanitaria Nacional (de ámbito estatal), el rescate hipotecario de Casal del Médico, la inquietante trayectoria dictatorial del Gobierno y otros más motivos influyeron en la marcha de Mutual últimamente.

Salarich, bien visto desde Madrid y nada sospechoso en Barcelona, independiente, más que prudente y cordial, respetuoso, enérgico con «guante blanco» y tenaz ha guiado con pulso firme, extraordinario y áureo, el «refugio» que encarna el mejor de los seguros no estatales.

Su honestidad, su plena dedicación no retribuida, su paso imborrable y lo reverencial de su figura, han contribuido de veras al triunfo de

una Mutual definitivamente floreciente.

¡Qué Dios, su amor eterno y real de cristiano - católico devoto, le haya premiado ya una labor de socorro y ayuda a los inválidos y sus deudos, ambivalentemente!

La Mutual y la Academia solidarizan sus lazos de apoyo, que Salarich entrevió a tiempo.

#### VII. SUS PUBLICACIONES CIENTÍFICAS

Enumerarlas a modo de catálogo no sería pertinente, creo yo, en este homenaje académico póstumo.

En numerosas revistas nacionales, en no menos congresos y sociedades científicas, incluida nuestra Real Academia legítimamente y hasta en coloquios intrahospitalarios, por ejemplo, Salarich ha glosado sus valiosas estadísticas de sujetos operados y ha hecho patente una casuística a todas luces de valor experiencial grande.

En «Ars Médica», en los «boletines de la Asociación Catalana de Cirugía» y sucesivas denominaciones de la misma, en los folletos editados por el hospital de infecciosos de la urbe (bautizado con el nombre de Nuestra Sra. del Mar) y en el material de publicaciones archivado por nosotros en el edificio que nos alberga, sobre todo, puede leerse la casuística quirúrgica reveladora de una práctica de singular renombre. Salarich, ha hecho honor, así, a lo que un médico cualquiera no egoís-

ta, tiene que evidenciar para estudio momentáneo y ulterior de una actividad normativa, de ese tipo de actividad que muchísimos cofrades guardan usurariamente para sí, negándose a una comunicatividad académica de signo altruista, si más no.

Pero, dolientes hospitalizados de infecciones nostras y foráneas en cantidad y calidad nada corrientes, fueron operados de «urgencia» por Salarich, a punto y con fortuna.

La suerte y su pericia le llevaron a modificar terapéuticamente con el bisturí en la mano los estragos inherentes a una fortuita perforación intestinal tifoidea. ¡Y salvó bastantes vidas, entre otras las del primer magistrado de la ciudad!

Su nombradía, entonces, se apuntó un éxito más destacado, que impulsó a la concesión de galardones científicos y oficiales.

Innovó, por ende, curativamente un «descursus morbi» a la sazón fatal y agobiante.

Excepcionalmente, desde luego, los quirurgos aciertan a idear técnicas operatorias y fijar las indicaciones, contraindicaciones y resultados de ellos. Salarich, en una coyuntura natural, supo marcar un sendero inédito.

#### VIII. ACADÉMICO NORMATIVO DE LA REAL DE MEDICINA

Me parece obvio recalcarlo ya que desde su ingreso en la misma como socio numerario, la asistencia regu-

lar a las sesiones científicas y de Gobierno y sugestión a cualquier respecto, se ha echado a deber sin distingos.

¡Ojalá todos los Miembros titulares de un sillón o de una medalla observaren las obligaciones o deberes estatutarios y tradicionales en la forma que los ha cumplido Salarich!

Antes de su jubilación administrativa en 1965 y pese a lo que reclamaba de él una gran clientela y un quehacer hospitalario y médico-social nada circunscrito, ni secundario, Salarich acudía a un porcentaje elevado de reuniones de la Academia, y se ocupaba en realizar o preparar trabajos para los demás o en colaboración.

Muy amante de los libros y de las memorias archivadas en nuestra casa, más de una Topografía Médica y de un momento, efemérides o aspecto médico histórico local ha sido analizado o investigado por él.

Su abuelo —la dinastía profesional de los Salarich se ha enraizado bastante en nuestra trisecular corporación— resultó galardonado por haber escrito una magnífica «Higiene del tejedor». Y su padre también coadyugó a la misión científica de la Academia.

Salarich Torrents ha sucedido, pues, quizá con mayor envergadura simbólica y real, a Salarich Jiménez y a Salarich Verdguer.

En trance de impulsar el estudio médico-biográfico de las grandes dinastías de académicos famosos, no

quisiera silenciar la gestión normativa que tendría de ser observada si los Estatutos sirven de algo —y creo que permiten y aseguran una función digna y laudable, aun al presente renovador y de dimensiones múltiples— dado que nuestro organismo se rige por unos preceptos antiguos y modernos, cambiantes más en lo episódicos que en lo básico o raigambre de los mismos. La investigación médico-biológica, la geografía clínica local y la historia de nuestro saber científico y profesional en Cataluña, se ajustan a una onda en lugar de una marcha ascendente.

Salarich, laborioso, vehemente y, a veces, cuando no convenía ser muy transigente, se lanzaba a los aires de un dictador en gestos, polémicas bondadosas y órdenes, para no menoscabar la seguridad de una ruta emprendida. Solía decir que al mandar no convenía ni los titubeos, ni la voz suave o insinuante del clérigo, ni las imprecaciones raras del tímido, ni las sensiblerías del alma femenina, ni la admonición subjetiva o falsa del astuto o siempre diplomático.

Indulgente y generoso de raíz, la severidad que aparentaba fingía la imagen de un «corazón de oro».

Por eso, sin duda, en los dictámenes médico-laborales que, con otros, proponía la consideración de las juntas de gobierno, se adivinaba el fondo de rectitud legítimo entre nosotros y la calificación benévola, asimismo, natural en esta casa.

Cometido impuesto a la Academia que los cirujanos y los internistas, superlativamente, han de ejecutar. Por eso Salarich se veía obligado a estimular.

Fue Académico correspondiente en tiempos, ingresó como Académico numerario para ostentar la medalla número 23, el día 16 de mayo de 1954, leyendo el discurso preceptivo titulado «La perforación intestinal. Nuestra experiencia en 71 enfermos operados», que contestó el académico numerario don Lorenzo García-Tornel y Carrós.

El discurso inaugural del curso 1974, pronunciado el domingo 27 de enero e intitulado «Evocación histórica de la anesthesiología», fue otra de sus estatutarias intervenciones.

De otra parte contestó los discursos de ingreso de los Académicos numerarios y de honor doctores Fernando Martorell Otzet, José Trueta Raspall y Antonio Cortés Lladó.

Las necrologías de Manuel Bastos Ansart y José Trueta Raspall, corrieron a su cargo.

Desde antes de los Estatutos de 1970 ocupaba una plaza preceptiva de cirujano general en la Sección III.

#### IX. BIBLIOTECARIO PERCEPTIVO DE LA ACADEMIA Y EN SU MISMA CASA

En 1963 fue elegido para suceder al doctor Juan Carol Monfort en el

cargo de bibliotecario - archivero, que más posteriormente se ha llamado tan sólo bibliotecario. Al fallecer el 7 de julio de 1978 todavía ocupaba dicho cargo, ya que en la renovación periódica de Juntas Directivas siempre volvía a ser elegido.

De una parte su voz y su voto en las sesiones privativas de la Junta Directiva, se escuchaba con atención o se tenía muy en cuenta. En realidad, el ideario político que sostenía, distinto del de otros, no le impedía formar «una piña» a efectos corporativos.

En esta situación, una inquietud temperamental y el deseo de organizar una biblioteca digna de su nombre, le llevó a modificar las instalaciones genuinas de librerías y estanterías a distribuirlas mejor y a completar los ficheros, un algo gigantesco por la penuria de todo orden.

Pero tenaz y virtuoso se valió de la habilitación magnífica de la planta segunda del edificio y del sótano existente, con el objeto de recibir donaciones de libros, formar óptimos lotes y ponerlos a buen recaudo.

Secundado por mí, integrando un binomio, consiguió dar empleo a una bibliotecaria titular y adquirir e instalar un «compactus», propio de las bibliotecas de gran envergadura.

El dinero necesario para lograr lo antedicho fue solicitado en visitas a domicilio de los gerentes de muchas

firmas industriales. Los argumentos expuestos razonados al máximo, determinaban el ofrecimiento y recaudación de cantidades, ni exiguas ni desmesuradas. He de reconocer, a fuer de sincero, que el alma o el brío correspondían de lleno al bibliotecario tan admirado y gratamente atendido por el cónclave.

Vale la pena añadir que libros y documentos han constituido, en los domicilios de Salarich una de las actividades culturales sobresalientes en él.

Herencia patrimonial y aportación sistemática de obras de texto, monografías, revistas, etc., indistintamente, Salarich reverenció un pasado y se incorporó a la égida que caracteriza la formación hogaño de hemerotecas de valor.

Loor al cumplimiento seguido de un deber.

La gratitud de la Academia será perdurable y las huellas que ha dejado en un material disperso y en las dependencias, se verán y ensalzará en un futuro próximo y lejano.

\* \* \*

El análisis de una personalidad señera «inter nos» merece un comentario más.

La idoneidad, el crédito o la fama en una Academia, ha de atribuirse al valor de un científico o de un

práctico, aunque también al señorío, a la decencia, al linaje y a la dedicación cívica de los que la integran.

Salarich, de abolengo eslavo, a todas luces noble, vinculado a la cultural Vich y de parentela aristocrática en la esfera intelectual, no desmintió la transmisión de caracteres y de valías. Antes y después de la guerra civil su hombría de bien destacó por encima de filias y fobias, de apasionamientos y de egoísmos o de miedos y rencores.

Es bien sabido que intenciones ruines y el pánico típico que la guerra entre hermanos suscita generalmente, y una postguerra dura y de venganza, a veces continúa manteniendo en zozobra a bastantes por utilitarismo, ambición, prestancia o majeza y desprecio bajo —no quiero añadir más epítetos o adjetivos— ensombrece de veras la relación intercolegial.

La amistad de Salarich —afortunadamente para muchos—, no fue la única que permaneció incolume. Vale la pena proclamarlo de nuevo. Y en la Academia trató con igual miramiento y lealtad a los de uno y otro bando. ¡Qué razón tenía el profesor Moneva cuando decía: «España es como un melón, que partido en dos significa, una mitad nacional».

La familia Salarich, una de las familias modelo entre las de Académicos que eventualmente menciono, se sumaba a sus buenos propósitos.

La enfermedad cardíaca progresi-

va del amigo, puso en evidencia su temple y su resignación de cristiano y la premonición de su muerte.

A mi agradecimiento de camarada, uno hoy, la de la masa de consocios, sin excepciones, y garantizo que dentro de estas venerables paredes el

alma de Salarich se percibirá eternamente y nos servirá de acicate y guía en el futuro.

Yo por lo menos así lo creo y no sabría dejar de consignar el dolor que nos embarga por su muerte.  
E. P. D.